

## PRESENTACIÓN DEL MONÓLOGO *LA MICRO*, DE ISIDORA AGUIRRE. UNA MICRO QUE SIN QUERER SE NOS PASÓ

Sergio Aliaga  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
sealiaga@uc.cl

Con la más o menos reciente publicación del *Teatro completo* de Isidora Aguirre, edición de la Universidad de Santiago, misma institución que desde el 2016 viene haciéndose cargo del archivo de la escritora, se ha devuelto al público lector a una autora conocida sobre todo por *La pérgola de las flores*, pero especialmente olvidada en su rol de comediógrafa. Más allá de su afamada *Pérgola*, Isidora Aguirre escribió, en especial a inicios de su carrera en las tablas, un conjunto de comedias que, según pasan las décadas, le emparentan con las urgencias de su tiempo y el nuestro. Comedias como *Pacto de medianoche*, *Carolina*, *Dos más dos son cinco*, *Don Anacleto Avaro*, *En aquellos locos años veinte*, *La dama del canasto*, *Amor a la africana* y *¡Tía Irene, yo te amaba!* no han contado con la misma atención que una *Pérgola*, ni tampoco la mirada atenta que la crítica ha dedicado en los últimos años a dramas político-sociales tales como *Población esperanza*, *Los papeleros*, *Los que van quedando en el camino*, etcétera. Amerita, entonces, una revisión del trabajo de Isidora Aguirre, más bien un acomodo de sus primeras piezas teatrales, con el fin de encumbrar un proyecto que destaca por su complejidad en cuanto al tratamiento y manejo de géneros disimiles dentro del amplio abanico de los recursos teatrales.

Para comprender mejor este contexto, resulta fundamental realizar una contextualización. En 1952, Isidora Aguirre realiza su primer esfuerzo teatral, *Entre dos trenes*. Este proyecto, concebido originalmente como guion durante su estancia en Francia como estudiante del Instituto de Altos Estudios Cinematográficos de París, fue presentado como lectura dramatizada por los estudiantes de la academia de teatro dirigida por Hugo Miller. La trama se centra en María, decidida a abordar un tren en busca de un evento extraordinario, quien se ve sorprendida por un hombre aparentemente perturbado en la estación, lo que transforma por completo su percepción de la realidad. Este trabajo, que marca el debut de Isidora Aguirre en las aulas teatrales (hasta ese momento reconocida

por sus relatos infantiles como *Ocho cuentos* y la novela *Wai-kii*<sup>1</sup>), amalgama elementos de suspenso y cine, sentando las bases que la autora exploraría en mayor profundidad en sus proyectos futuros. “Me emocionaron las cálidas felicitaciones de Hugo [Miller] y Rómulo [Herrera], dicen que soy el resultado más positivo de la Academia, esto por haber escrito mi primera obra de teatro” (citada en Jeftanovic 99), anota en su diario, fechado el 18 de julio de 1951, la aún incipiente y no tan definida dramaturga.

En 1954, dos años después, se llevó a cabo el estreno de *Pacto de medianoche* en el Teatro Talía de la calle San Diego, con dirección y actuación a cargo de Raúl Montenegro. Esta obra, primera en estrenarse en una sala de teatro de tono, aunque todavía aficionado, más profesional<sup>2</sup>, relata el tormento de Ana María, una mujer que, tras sufrir un amor desafortunado, contempla el suicidio bajo la apariencia de un largo viaje. Durante esa misma noche, recibe la inesperada visita de un pintor que, mediante un pacto, la persuade para continuar su camino. Al igual que en *Entre dos trenes*, la obra despliega una trama con múltiples giros, fusionando elementos de fantasía, suspenso y poesía, esta última materializada en extensos monólogos impregnados de experiencias y reflexiones filosóficas. Aunque la producción teatral fue principalmente amateur, para Isidora Aguirre representó una proeza en la que desempeñó diversos roles: no solo fungió como una especie de guía desde las bambalinas, susurrando los diálogos a Montenegro, sino que también asumió responsabilidades como diseñadora y encargada del vestuario. Además, se encargó de proveer alimento a todo su reducido elenco (Jeftanovic 102-103).

---

<sup>1</sup> En 1938, la colección *Ocho cuentos*, dirigida a un público infantil, vio la luz bajo el sello de la editorial Zigzag. Coincidentemente, en ese mismo año, la editorial publicó *Cuentos para Marisol* de Marta Brunet, también dirigidos a lectores jóvenes. Por otro lado, *Wai-Kii*, que resultó finalista en el concurso convocado por la editorial Rapa Nui, fue publicada por esa casa editorial en 1948, contando con las ilustraciones de Hedi Krasa. A pesar de su existencia, ambas obras han sido pasadas por alto por parte de la crítica literaria en el amplio repertorio narrativo de Isidora Aguirre, autora de novelas como *Doy por vivido todo lo soñado* (1987), *Carta a Roque Dalton* (1990), *Santiago de diciembre a diciembre* (1998) y la póstuma *Guerreros del sur* (2011).

<sup>2</sup> Tanto *Entre dos trenes* como *Pacto de medianoche* se consideran obras de naturaleza aficionada, ya que su autora las concibió en contextos no profesionales. La primera surgió como una lectura dramatizada durante las clases de actuación en la academia de teatro de Hugo Miller, mientras que la segunda tomó forma en el marco del segundo festival de teatro aficionado organizado por la academia teatral del Ministerio de Educación chileno. En palabras de María de la Luz Hurtado, los inicios creativos de Aguirre están impregnados de una trayectoria personal donde “casada y con hijos, y tras escribir e ilustrar cuentos para niños, estudiar cine y ver mucho teatro en París, traducir a Stanislavski y escribir escenas con ese método para la academia de Hugo Miller” (5), evolucionaron hacia una rica diversidad de conocimientos que, rápidamente, darían forma a la aclamada *Carolina* en 1955.

Y en 1955, año estelar para la autora, dará estreno a su primera pieza con características profesionales, *Carolina*, comedia en un acto, dirigida por Eugenio Guzmán. Montada en el marco del primer festival de teatro aficionado, organizado por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, Carolina contó con un elenco compuesto por Alicia Quiroga, Mario Lorca y Ramón Sabat. Aguirre recordaría más tarde: “La mayoría de los nuevos autores aspirábamos a ser estrenados por los teatros universitarios, para contar con directores experimentados que nos ayudaran a trabajar nuestros textos” (citada en Piña 445). *Carolina*, siguiendo la línea abierta por las dos obras anteriores, explora la crisis en relaciones familiares corroídas por la rutina, la frustración y deseos no resueltos. La protagonista, Carolina, enfrenta la fragilidad de su matrimonio y se ve perturbada por la posibilidad de que todo se desmorone por un descuido en casa o la intervención de un inesperado pretendiente. Este episodio lleva a Aguirre a conectar con Eugenio Guzmán, un director que, a medida que la carrera de la dramaturga despega, la acompañará en montajes fundamentales para su poética, como *Las pascualas*, *La pérgola de las flores*, *Los papeleros* y *Los que van quedando en el camino*, entre otros<sup>3</sup>. *Carolina* actúa así como un punto de inflexión en el perfeccionamiento escénico de la autora, convirtiéndola finalmente en la experimentada dramaturga que más bien pronto germinará.

De igual manera, en 1956, Isidora Aguirre escribió dos monólogos destinados a un único actor, ambos enmarcados en el género cómico. En primer lugar, “Las sardinas o la supresión de Amanda”, publicado en el *Teatro completo* (previamente en el número 65 de la revista *Apuntes*) y estrenado por primera vez con Alejandro Flores como protagonista; y posteriormente, “La micro”, una pieza que hoy presento, también publicada en el número 65 de *Apuntes*, correspondiente a la edición de 1967. Mientras que “Las sardinas” cuenta la historia de un hombre intentando envenenar a su esposa con una lata de sardinas, un crimen que, a pesar de su premisa oscura, desemboca en un resultado cómico y casi esquizofrénico, “La micro” es un monólogo de apenas 6 páginas donde “una joven dama santiaguina, elegante y atractiva, segura de sí misma y cargada de paquetes” denuncia el robo de su cartera durante un viaje en micro. Con desdén, acusa a cada

---

<sup>3</sup> En ocasiones, resulta injusto contemplar cómo Eugenio Guzmán, a pesar de dirigir obras hoy consideradas legendarias en la historia del teatro chileno, como *La pérgola de las flores* en su función original y en montajes de diversos formatos, *La jaula en el árbol* de Luis Alberto Heiremans, *Parejas de trapo* de Egon Wolff, así como destacadas interpretaciones de obras clásicas y vanguardistas como *Mucho ruido y pocas nueces*, *La ópera de tres centavos*, entre otras, no recibe el reconocimiento y la relevancia que merece en la configuración de la modernidad teatral del siglo XX en Chile. Su colaboración con Isidora Aguirre, en particular, resultó emblemática: “¡No he conocido mejor director de teatro que Eugenio Guzmán!”, destacaba la dramaturga. “Le debo la asesoría en la mayor parte de mis obras. Quizá sea el único buen conocedor del género comedia, ya que en Chile se tiende más a la farsa, no a la comedia fina. Sin su asesoría, *La pérgola de las flores* no tendría el éxito que tiene, ya que desconocía yo el género musical” (Jefstanovic 117).

pasajero, demostrando de manera pérfida pero también cómica sus miedos, prejuicios y odios, aparentemente fundamentados en su posición económica más o menos elevada.

Creo vislumbrar en personajes como esta joven dama un destello de lo que conoceremos popularmente a partir del estreno de *La pérgola de las flores* el 7 de abril de 1960, encarnada por primera vez, y en ocasiones posteriores, por la actriz Silvia Piñeiro, galardonada con el Premio Nacional de Arte en 1988, bajo el nombre de Laura Larraín, viuda de Valenzuela. Así también, personajes más jóvenes como Clara en *La pérgola* o Amelia en *La dama del canasto*. Señoras, señoritas, mujeres de la alta sociedad, todas estas figuras demuestran de manera notable cómo Isidora Aguirre maneja múltiples registros. Su escritura es capaz de emular, mediante una escucha atenta, el lenguaje de personajes provenientes de diversos estratos sociales, ya sean los papeleros de Alto Hospicio o el coro de mujeres que dejan su huella en numerosas comedias. Resulta inevitable pensar en este monólogo como un precursor de futuras obras, el inicio de una carrera que, a principios de los años sesenta, dará forma a creaciones hoy consideradas clásicos del teatro chileno: nómbrase *Los papeleros*, *Los que van quedando en el camino*, por supuesto, *La pérgola de las flores*. En este sentido, no es extraño considerar que, entre las más de 40 obras de teatro escritas por Aguirre a lo largo del siglo pasado y el reciente, una o varias pudieran haberse extraviado. ¿No es curioso? Quizás este monólogo sea precisamente eso, una micro que sin querer se nos pasó.

## OBRAS CITADAS

- Hurtado, María de la Luz. “Comedias de Isidora Aguirre, transgresiones lúdicas: una joven mujer en (auto)exploración”. *Teatro completo*. Santiago: USACH, 2021, pp. 5-9.
- Jeftanovic, Andrea. *Conversaciones con Isidora Aguirre*. Santiago: Cuarto Propio, 2009.
- Piña, Juan Andrés. *Historia del teatro en Chile, 1941 – 1990*. Santiago: Taurus, 2014.